

cuando me hablaba de su amor. Quién sabe a
brán pervertido ya su ánimo? Tal vez ya no co
ve tan pura confianza en las palabras de la hi
las lagunas. Y si así hubiera sucedido: ¿deber
terror mi sueño, sofocarlo, olvidarlo; pero to

[illegible]

1	35	estirarse en sus pesadas sillas y yo miraba sin
2	36	podido cumplirlo que juré a mi padre.
3	37	La criada se acercó y me hacía la isla de sal.
4	38	Por la estrechez de mi habitación, yo tenía
5	39	puerta. Resplandecía en su techo nocturno, los
6	40	dos gondoleros, situado a cien pasos de
7	41	Por las venanas alientes se sentía el murmullo
8	42	de las aguas que se resaca en el choque de las
9	43	los últimos soplos de los copos de las aves, y
10	44	halaciones de los vientos, de los perfumes, y
11	45	flores...
12	46	La criada, antes de entrar allí, me encuen-
13	47	ta a Dios. Golpes de la muerte, los criados en-
14	48	dos en el servicio, no hicieron más que
15	49	la conciencia, la echaron fuera y la graba-
16	50	ción. ¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
17	51	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
18	52	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
19	53	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
20	54	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
21	55	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
22	56	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
23	57	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
24	58	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
25	59	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
26	60	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
27	61	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
28	62	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
29	63	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
30	64	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
31	65	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
32	66	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
33	67	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
34	68	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
35	69	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
36	70	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
37	71	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
38	72	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
39	73	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
40	74	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
41	75	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
42	76	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
43	77	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
44	78	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
45	79	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
46	80	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
47	81	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
48	82	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
49	83	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
50	84	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
51	85	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
52	86	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
53	87	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
54	88	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
55	89	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
56	90	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
57	91	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
58	92	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
59	93	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
60	94	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
61	95	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
62	96	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
63	97	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
64	98	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
65	99	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?
66	100	¿Qué le pasó? ¿Fue el dolor?

denas, y la música al aplaudido
otín Zublaurre.

[illegible]

425	Aquí está Venecia, como va la juzgaba. Imposible
426	hacer una hora en la alchola del antiguo palacio
427	de las horas que yo he pasado en el Hotel de
428	Maretti. Escucha también las rimadas de
429	una fiesta continua como esta: Viva la patria!
430	Viva tu alegría que me pertenece!
431	¡Vive allí! Interrumpió un individuo que
432	así lo dijo.
433	Más moderación!
434	Dijo entonces el jóven que había pensado en
435	ir al mil con alfileres, al que lo había interrumpido,
436	que tenía largos bigotes y una mirada que
437	fuecia respiso.
438	¡Viva! exclamó Benarri. Quieres emprender
439	nuevamente con Estatinara una guerra? ¿Está
440	muerto o no puede ver? Nadie me puede privar de
441	ofrecer a quien mejor me parezca, y a esta ju-
442	ra que si me huequen, no puedo consentir que
443	me maten!
444	—En vista de eso, replicó el que llamaban ma-
445	estro, porque la insolencia de este caballero pon-
446	ía en peligro? Es un insulto que me ha de
447	costar el tener excusas para marchar a esta mujer
448	en yo mismo!
449	—El insolente en este caso, exclamó Luiszack,
450	es Estatinara, que me, como me provoca y se atre-
451	ve a poner en peligro mi vida.
452	Pero yo quiero poner a prueba al vuestro.
453	¡Y, al mismo tiempo, se dirigió a un trofeo de
454	muñecas que estaba colgado en la pared, rozó de
455	una capota y coló el dedo en la boca.
456	—¡Imprudente! gritó Benarri. El duelo es in-
457	fecaz crimen de muerte, y si por desgracia ha-
458	ya un caballero tu vuestro obligado a esconderse
459	de nosotros por mal tiempo del que puede ha-
460	cerle la cuenta!
461	—No importa! exclamó el mozo entusiasma-
462	do por la perspectiva no muerta. ¡Bénelas, el mar-
463	y y responde que está Estatinara en la punta de
464	estas espadas!
465	Las espadas se cruzaron, y giraron un instan-
466	te. El mozo, que se había levantado, lanzó la tenia
467	de la espada, y se volvió a mirar a Benarri. Este
468	había, una oblación al cielo, y exclamó: ¡Eter-

Desde ayer á la 1 de la tarde hasta mañana misma hora, rige el de 306.

Los caprichos de un inglés.

ANCORA

Hace varios días que, hallándome con algunos amigos, habíamos delirado por las calles de París, ya referido multitud de anécdotas acerca del presente y particular de casi todos los súbditos de la nación británica, y entre otras, el de cierto inglés que en un momento de locura se tiró a un río, y que últimamente se había casado con ella, casado de los circunstantes tomando la palabra, con lo siguiente:

I

Amédée Beaumont era un joven de unos veintidós años, de estatura mediana y formas vigorosas. Su fisonomía, sin ser bella, era agradable, y sus maneras revelaban pertenecer a la aristocracia parisiense.

Al cumplir este joven tenía el título de conde. Él mismo, sin embargo, no se acordaba de haberse casado con la hija de un marqués.

Pero como quiera que no todo ha de salir bien en el mundo, Beaumont, al cumplir los veintidós años, se casó con una mujer que no tenía nada de aristocrática, y que, en vez de ser hermosa, era fea, y en vez de ser rica, era pobre.

un cuando esta obra no se relacionase
antes acontecimientos que preocupan con
al mundo civilizado, también siempre

Amigo, habísimos del carácter inglés. Se ha-
ría referido multitud de anécdotas acerca del ge-
nio de los británicos, pero todos los subditos
de la nación británica; y entre otros el que
me es enano de una joya al ver su retrato
que últimamente se había casado con ella, cuan-
do los circunstancias tomando la palabra, co-
mo siguiente:

Amado Daumont era un joven de unos veinte
años de edad, de estatura mediana y formas
gafantes. Su fisonomía, sin ser bella, era agrada-
ble y sus maneras revelaban pertenecer a la aristocra-
cía paísiense.

Este joven tenía el hábito de ceder, cuan-
do se casase con la hija de un ministro.

Por como quiera que no todo lo de salir bi-
en con la esposa, masina perdidó el conde de Des-
mors su fortuna.

Paréceme inútil decir que desde ese momen-
to, tanto amigos como novia, principiaran á re-
morquear al conde, y que él se acordaba de lo
de haberse sabido colorado en un festo.

Después de allí, por no pasar en falso.

Esta persona que siempre ha gozado de
consideración pública, y que se ha visto que
ha venido á formarse la idea de que en re-
dad vale mucho, ningún pesar puede herirle
que le dé lugar á pensar de lo que le ha-
cían sus amigos era superior con su necia
de la vida.

Así, pues, el golpe que sufrió nuestro joven

Pensé en la muerte.
Y dijo para sí: voy a buscar camorra al príncipe
que se presenta...
A la noche fui al teatro.
Y lo tocó un asiento cerca de Jód K...
Al concluir el primer acto de la función, el príncipe
se levantó y se acercó a mí. Yo me levanté también
del toro, se acomodó en el mejor que pudo, y
pasó a mirar tranquilamente las bellenas de
ese cajón de toros.
Al rato volvió el jinete y dijo al jorén:
—Caballero, yo crece que eso es mi asiento.
Los ingleses y los normandos siempre dicen
que yo soy un caballero.
El jorén, encogido de hombros, respondió:
—Que sea suyo, que sea mío, poco me importa.
—¿Porque usted desea tener una mota
con un jinete?
—Yo no tal, con un cobardo como usted no
puede descansar nada, cuando más descirpa la carta
de su casa, que usted me dará su nombre y
señas de su casa.
—Oh no tal, con mucho gusto, será para enviársela
a su casa, con las condiciones del dnelo. Así
tiene usted que irse.
—¿Y usted?

Al terminar la función, nuestro como partió por su casa persuadido de que el día siguiente se lo traerá con lord Kari.

II

Como á las nueve de la mañana del siguiente día entró un criado al cuarto del joven conde con una carta toda cubierta de polvo, la presentó en carta diciéndole:

— Señor, permémosle usted que la entregue á usted; como me ha recomendado que la entregue á usted, se la entrego.

— ¡Usted será carta del inglés, en la cual me dirá que está todo arreglado.

— ¡Cumpliendo la cubierta loporto siguiente: que el conde de Kari, que es un conde un lord, muchas ciudades y de regular talento, para que desee romperse la cabeza por quitarme á las espartas de la vida, me ha escrito una carta diciendo para mí, lo remito un chisme por donde se me maten.

— ¡Eso es todo trabajo y sea feliz.

Después de —Lord A. —

Después de esto, al día la carta había dado papel al suelo, el que había cogido el criado más tarde su amo se imponía del contenido de la carta.

Yéamos e es esto una burla. Diaboli diabolio es lo
falta regla, pero... *ah... tengo duda. Ayúdame*
señor, voy a salir.
Y él, al medio día después se hallaba el ciego
cibiendo su trabajo con tal constancia, que
los millores de la ciudad tenían sus millones.
Y entonces se desahogó con decir: ¡el lord al millon
que tan generosamente me había dado.
Y como lord "K" no estaba ya en París, tan
que hiciera el caso de irse a casa.
Al llegar allí, se presentó en casa del señor
ingles, este hizo como que no lo conocía, y le dijo:
"¿Qué quieres, amigo? ¿quieres millones?"
"¡Compañero, no recuerdo nada ya de lo que
me diste una noche en el teatro de la Opera."

"¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! me parece que sí."

"Pues es así, pero ¿quieres millones mil-fortuna
vengo a darte a usted las más bellas presencias que
y a darte a usted el millon que tan generoso
me dio?"

"¡Oh! no admitiré a usted nada hasta que
haya trabajado en fortuna."

"¡Pero, ¿cómo? ¡si yo no deseo más dinero."

"¡Pero, ¿cómo? ¡si yo no deseo más dinero."

capital; si así no lo hace, no tiene usted ningún
apuro para el mal que le he dicho.

— Para probar a usted lo contrario, obedezca.

III

Dos años han pasado.

— Lord K... se halla en su cuarto conversando co-
el conde de Beaumont. Oigámoslo lo que dicen:

— ¿Qué he de hacer para conseguir una posición brillante, si-
go tres millones de áureos?

— Muy bien; qué más desea usted?

— Nada, y tres millones tan pronto lo conseguí-
re como me sea posible.

— ¿Qué día se efectuará?

— Contro del diez día.

— No se le olvidó el matrimonio?

— No pasado usted, señor, figurarse: cómo pue-
do causa esto.

— Pero he de insistir.

— Lo espero perfectamente.

— Y el jueves, dando al fort un epíteto de manos
distinguida una sonrisa de gratitud, paró: pa-
ra ir a casa.

— Diez días después se celebró el casamiento. For
moche, día: la nobleza parisienne contenta. A la

...elegante actriz.

A eso de las once de la noche, cuando los convidados se hallaban en el entusiasmo de la elegía y cuando el conde mismo hablaba con su novia, Strauss, se abrió una puerta y un lacayo, vestido con librea anunció a lord K...

